

III

La esposa del rico banquero americano don Alejandro Montereal había quedado viuda hacía algunos años, con un hijo único que se puso—cuando cumplió los veinticinco—al frente de los negocios de su padre, y con una pupila, de cuyo cuidado se encargó al venir á Europa.

Clemencia de F... contaba á la sazón diez y seis primaveras, y era heredera por su padre y por su madre de una inmensa fortuna. Su padre, español que había hecho en América todo su caudal, vino á Madrid, donde sucumbió dos años después de llegar. Siendo ya viudo, nombró por tutora de su hija á la señora de Montereal, que había sido amiga íntima de su mujer.

Además le significó el deseo de que, al llegar á cumplir Clemencia veinte años, la casara con su hijo Carlos, que ya tendría veintiséis.

El buen señor no se acordó de pensar siquiera si los caracteres de ambos jóvenes podrían avenirse: tuvo presente la fortuna de los dos, que, reunida, sería colosal, y esto bastaba, á su parecer, para que fuesen dichosos.

No era extraño que tuviera estas ideas: había ido á América muy pobre, y había muerto cuando apenas empezaba á dar treguas al trabajo para

disfrutar los placeres de la riqueza, que había adquirido á costa de grandes fatigas y de no pocas decepciones.

Su simpática figura y su intachable conducta le habían granjeado la confianza y el afecto del comerciante en cuya casa trabajaba y el amor de su hija única, joven amable y buena, que no titubeó en darle su mano, á pesar de que podía aspirar á partidos mucho más ventajosos; pero su suegro le impuso la condición de que había de seguir trabajando del mismo modo que si nada tuviera, para adquirir, después de casado, la fortuna de que carecía siendo soltero.

El amor á su esposa y el amor propio obligaron al joven español á entregarse á un trabajo sin descanso, y con el apoyo de su suegro y en su casa misma, llegó á adquirir un caudal considerable.

Una niña vino al mundo para alegrar su unión; pero su madre murió dejándola de muy pocos años.

Clemencia la heredó y heredó también á su abuelo. Su padre arregló todos los negocios de su casa y volvió al suelo natal.

Cuando murió, abandonó el mundo casi consolado al pensar que su hija quedaba muy rica y que tenía asegurada una opulenta boda.

—Hija mía—le dijo en su última despedida,— si la riqueza no es la felicidad, es, á lo menos, un poderoso auxiliar para conseguirla: todo se doble-

ga al poder del oro. Si te dejara pobre, creo que hubiera preferido matarte y llevarte conmigo al sepulcro, porque tú no sabes, ni, gracias al cielo, sabrás nunca, los dolores que lleva consigo la pobreza; pero ya no debes temer á la suerte: todo sonreirá en torno tuyo; todos te amarán; todos se apresurarán á satisfacer tus deseos más leves, aunque sean injustos; sin embargo, hija mía, sé buena é indulgente para los demás y compadece á los necesitados: no puedes, ya te lo he dicho, saber nunca cuán amarga es la pobreza; yo lo sé, y aunque siento mucho dejarte, me voy tranquilo, porque te dejo rica..., muy rica!

Clemencia inclinó llorando su linda cabecita sobre las almohadas de la cama de su padre. Éste continuó tras una pausa:

—He pensado también en un esposo para ti, hija mía. Carlos Montereal, el hijo de la señora que va á ser tu tutora, es un buen partido y el que yo hubiera preferido á todos: poseedor de una fortuna más opulenta que la tuya, dotado de una bella y simpática figura, de una educación esmerada y un talento poco común, sabrá hacerte dichosa; no obstante, si no le amases, díselo con franqueza y también á su madre: no quiero dejarte impuesto un precepto, sino tratar de que tengas presente un buen consejo, que seguirás ó no, según tu corazón te indique.

Aquella noche murió el padre de Clemencia. Al día siguiente salió ella para ir á casa de su

tutora, que ya había pasado á su lado los últimos de la vida de su padre.

La señora de Montereal era una de esas personas de carácter blando y apacible, no por efecto de excesiva bondad, sino de un refinado egoísmo: casi nada en el mundo la alteraba, á no ser cuando oía á su hijo quejarse de algún dolor ó le veía inapetente; fuera de su hijo, le era todo indiferente, y teniendo todo lo necesario para vivir á su gusto, no violentaba éste absolutamente en nada.

Clemencia le parecía un excelente partido para Carlos; tenía, á sus ojos, el mayor de todos los méritos, el de ser muy rica; era, además, bonita, elegante, coqueta, y estaba dotada de un talento no vulgar y que, comparado con el suyo, era muy brillante.

Establecióse entre aquellas tres personas, que formaban una sola familia, cierta especie de independencia muy cómoda.

La señora de Montereal tenía la manía de los viajes, y aunque era, como americana, muy perezosa para todas las cosas de la vida, jamás lo fué para meterse en un vagón ó en una diligencia.

Su hijo no gustaba de otros viajes que de los que se hacen al extranjero: iba siempre con gusto á París, á Londres, á Italia, á Suiza, pero detestaba el interior de España; al contrario de su madre, que amaba nuestro bello país y gustaba de las expediciones cortas.

No bien Clemencia dejó el luto, su tutora se

aprovechó de aquella agradable compañía para visitar todas las provincias de España, aunque ya tenía algunas bien conocidas; la huérfana halló en el viaje una provechosa distracción para la pena que le agobiaba desde que había perdido á su padre.

—¿Va usted contenta á viajar, Clemencia?—le preguntó el día antes de la partida el hijo de su tutora.

—Sí por cierto—contestó la joven.

—¿Gusta usted del movimiento?

—Me agrada ver lo que no conozco.

—Pues yo le aseguro que echará de menos lo que deja.

—Aún no conozco á Madrid—repuso la joven:—mi padre no me había presentado en el mundo, porque no tenía edad para ello.

—Al volver daré un baile por ti, querida Clemencia—dijo la señora de Montereal:—habrás cumplido diez y ocho años, y ya es tiempo de que te presentes en sociedad, donde tienes reservado un sitio tan envidiable.

En los ojos de la joven brilló una centella de placer.

—¿Y usted no nos acompaña?—preguntó á Carlos.

—No, señorita; me quedo en Madrid—repuso éste.—No me gusta viajar por España; además, en la primavera hay aquí recursos deliciosos: las partidas de caza, los últimos bailes, las extranje-

ras que vienen á ver nuestro cielo, el Escorial, el Retiro...; no, me quedo y compadezco á usted.

—¡Ah! ¿Y son muy bellas esas extranjeras?— preguntó Clemencia pensativa.

— Hay de todo; pero generalmente lo son.

— Y generalmente no. Figúrate, hija mía, que vienen algunas inglesas horribles— dijo la elegante señora doña Gertrudis de Montereal para disipar las nubes de tristeza que se agrupaban en la frente de Clemencia.— Nosotras— continuó— tampoco lo pasaremos mal. Ya verás: llevaremos una camarera que nos sirva; nos detendremos cuando nos hallemos fatigadas. Ahora vamos á Cataluña, y á la vuelta á Aragón; donde más me agrade la campiña compraré un terreno y haré edificar á mi gusto un pequeño palacio, para las primaveras y los veranos que no tenga ganas de ir á tomar baños de mar con el equipaje que para esas excursiones se necesita.

Doña Gertrudis lo hizo como lo dijo: al día siguiente salió con Clemencia y su primera doncella Anita, para su servicio.

Carlos se quedó solo y muy á su gusto: era un joven de un carácter superficial y adorador frenético de toda clase de placeres. Educado por un padre que tenía poco de moral y que había sido un *padre joven* en toda la fatal acepción de esta palabra, no pocas veces el padre y el hijo se habían encontrado en la misma orgía y habían visto aparecer la aurora sentados en la misma

mesa de juego. Carlos fué iniciado desde muy temprano en el arte de esas vergonzosas aventuras á las que se les da el santo nombre de amor, que tan poco lo merecen, pues en nada se asemejan á la pasión más noble de la vida.

Rico, mimado y completamente libre, fué pronto el objeto de adoración de todas las mujeres, desde la gran señora que dedica la noche á lucir su belleza y sus galas, hasta esas pobres criaturas que viven como el ídolo en su templo, para ir después á morir en el mísero lecho de un hospital.

Montereal tenía un nombre verdaderamente ilustre como joven á la moda y como dotado de una bella y simpática figura; mantenía á la bailarina de más fama, á la aventurera más en boga, y les ponía la casa bajo un pie que todas envidiaban y cuya suerte anhelaban reemplazar.

Pero, ¿qué se hacía entretanto de la savia del corazón, del generoso entusiasmo que se abriga en un alma joven?

¡Ay!; ¡para siempre, quizá, se habían extinguido en Carlos!

Á fuerza de abusar de todo, todo le había cansado.

La mujer era para él un juguete de barro ó porcelana, que arrojaba cuando había llegado á fastidiarle, lo cual sucedía muy pronto.

Su paladar, ó bien se hallaba sujeto á un apetito voraz, ó apenas podía soportar el preciso alimento.

Aburríase en los salones, en los paseos, en su casa, é igualmente en las de sus numerosas amigas.

La vista de la bella, de la apacible naturaleza, nada decía á su alma enferma y marchita antes de tiempo, á su imaginación envuelta en las sombras del hastío y del materialismo.

Sus creencias de la infancia se habían ido apagando como una luz á la que falta el cuidado.

Su madre era la que podía haber velado por aquella alma, que había nacido buena y generosa, pero que iba pervirtiéndose, desde la adolescencia, con una rapidez terrible; mas como su madre no había sabido ser para su marido una esposa tierna y previsora, no era tampoco una madre cuidadosa y prudente.

No había debido al cielo la señora de Montereal un talento extraordinario, ni tampoco gran firmeza de carácter: superficial, ligera, amante del movimiento y de la diversión, era una niña con los cabellos blancos, y ni podía apreciar la transcendencia de ciertas ideas, ni derramar en el corazón de su hijo las semillas de una religión que ella apreciaba con mucha tibieza y conocía de una manera bastante imperfecta.

Clemencia fué al lado de aquellos dos seres sabiendo solamente una cosa: que la riqueza es el manantial de la dicha y de los placeres, y que el que es rico es omnipotente.

No sabía, ni se le había dicho tampoco, que la

riqueza proporciona los goces inefables de la caridad y de hacer el bien; sino que, con su dinero, tendría bailes, paseos, teatros, joyas, carruajes, que excitaría la envidia de *todas* y se conquistaría los homenajes de *todos*.

La opulenta viuda compró, como deseaba, un terreno para edificar un palacio de verano á la entrada de un vallecito fresco y encantador é inmediato á la floreciente y rica villa de Egea de los Caballeros, no porque pensase en tener contacto ni relación con sus vecinos, sino para conseguir pronto socorros si alguno de su familia se ponía enfermo.

Un buen arquitecto de Madrid le hizo los planos, y se procedió al instante á la edificación, quedando levantado en pocos meses el más lindo palacio.

La señora de Montereal volvió muy alegre á la coronada villa; pero su hijo se rió de semejante adquisición.

—Si hubieras comprado un *chalet* en Suiza, ó un palacio en París en la avenida de la Emperatriz, no me reiría—le dijo;—¡pero un palacio en Aragón!..., ¡entre cafres! ¡Eso es ridículo!

Tales fueron las razones con que acogió Carlos la noticia de la adquisición hecha por su madre.

Cuando el palacio estuvo concluído, ésta se empeñó en que había de acompañarla su hijo, diciendo que estaba segura de que, después de ver

la finca y el sitio en que se hallaba, sería el primero en aplaudir su buen gusto.

Carlos cedió á las reiteradas instancias de su madre: se sentía agobiado de fastidio, y se dijo que así mataría un par de meses hasta que llegase la estación de ir á Baden, á Aguas Buenas ó á Dieppe.

Ya los hemos visto llegar y les seguiremos al interior de aquella encantadora morada, que reunía á la sencillez campestre todo género de comodidades.

IV

Era la señora de Montereal una dama que ya pasaba de los sesenta años, de figura esbelta y que jamás había pasado del límite preciso para ser ese bello tipo de la mujer delgada sin ser flaca, y alta sin demasia.

Rubia en su juventud, tenía ya los cabellos blancos, pero abundantes y sedosos.

Sus ojos garzos, de dulce y seductora mirada, conservaban aún cierto atractivo poderoso, debido á la serenidad y alegría que brillaban en su pupila.

En cuanto á sus demás facciones, eran un modelo de belleza y distinción, y dejaban adivinar que pocas mujeres hubieran podido sostener con ella la competencia cuando era joven. Su nariz, de una delicadeza extrema; su frente, que no era ancha ni angosta; sus mejillas, de correcto y suave dibujo; su cuello un poco largo; todo era en ella noble, gracioso, encantador.

Clemencia era de su misma estatura, es decir, bastante alta; iba á cumplir veinte años, época fijada para su casamiento.

Era rubia con ojos azules; de fisonomía algo fría y desdeñosa, pero de intachable belleza; los

que sabían sentir, la hubieran deseado menos hermosa, pero más simpática y más expresiva.

Persuadida de que á causa de su inmensa fortuna no debía tomarse la más leve molestia por nada ni por nadie, hasta en su atavío era tan desdenosa, que llevaba sus trajes con una especie de fastidio. Su vestido de larga cola, de alpaca blanca, estaba adornado con gran primor, con terciopelo grana; un sombrero húngaro, de fieltro blanco, con bordes de terciopelo grana, sujetaba su sedosa cabellera rubia, que se agrupaba en espesas trenzas detrás de su cabeza.

La falda del vestido estaba recogida sobre otra igualmente blanca y grana, que dejaba ver unas bótas de exquisita hechura encerrando sus diminutos pies.

Carlos ostentaba el tipo americano en toda su hermosura: grandes ojos negros sobre tez morena; cabellos negros y facciones delicadas, aunque ya marchitas por la fatiga del *no hacer nada*, que es más molesta que las continuas ocupaciones.

Era alto, y estaba dotado de tal vivacidad, que no sabía estar quieto y en reposo ni un instante.

Vestía, con exquisita elegancia, un traje gris de primavera y un sombrero redondo.

El traje de su madre era igualmente gris; en vez de ir recogido y corto como el de Clemencia, era espléndidamente largo; una capota gris, atada debajo de la barba, cubría su cabeza.

Cuando entraron en el parque del palacio, cuya verja abierta les estaba esperando, la anciana pareció extasiarse ante la hermosa campiña que se desplegaba á su vista.

El parque estaba sembrado de alelíos y violetas, que ya exhalaban un delicioso perfume; se habían plantado además algunos arbustos; pero Clemencia no les concedió ni una sola mirada.

Gustaba poco de las flores, cosa extraña y triste en una joven de su edad.

Carlos miró en torno suyo, y dijo como sorprendido:

—No es feo el paisaje.

—¡Feo! ¡Si es encantador!—exclamó la viuda con tanto entusiasmo como si hubiera sido creación suya la campiña que contemplaba.

—¡Qué polvo, qué calor y qué cansada estoy!—gimió Clemencia.

—¿No te alegra esta hermosa vista, mi querida niña?—preguntó la anciana.

—¡No, señora! No me recrea absolutamente nada—respondió Clemencia:—el campo me aburre.

—¡Pues si el año pasado te agradaba tanto este sitio!

—He variado, sin duda.

—¿Queréis que volvamos á Madrid?

—¿Sin descansar del viaje? ¡Eso no puede ser! ¡Ya estoy molida! Necesito lo menos ocho días para reponerme de la fatiga.

—Me voy—dijo Carlos:—daré una vuelta por ahí.

—¿Sin ver la casa?—exclamó su madre con asombro.

—Tiempo me quedará para eso.

—¿Sin quitarte el polvo?

—Voy á coger más...; ¿para qué?

—¿Y adónde vas?

—Á ver lo que hay por la villa: parece grande. ¡Si hubiera alguna muchacha bonita con quien pasar el rato!

La señora de Montereal señaló á su hijo su prometida con una mirada; pero Clemencia se hallaba ya al fin de la escalera y se dirigía á la casa.

—¡Qué! ¡Bastante pena pasa ella por lo que yo hago!—repuso Carlos:—¡como yo por lo que ella hace!

—¿No la amas?—preguntó la madre con cierto terror.

—Sí, mamá: la amo como he amado á tantas otras... Me engaño: recuerdo una á la que he querido más que á Clemencia.

—Ya me figuro cuál es—dijo la anciana riendo.

—Atenais, aquella muchacha que bailaba en la Ópera: ¿verdad, mamá, que era encantadora?

—Yo—repuso la señora de Montereal—no le encontraba nada de particular: era pequeña, morena...

—¡Pero con unos ojos!... ¡qué ojos aquéllos, mamá! ¿No los recuerdas?

—Sí: era la única cosa bella que tenía.

—¿Y su talento? ¿Y su gracia? ¿Y aquella dulzura que había en su rostro? ¡Pobre Atenais! ¡Si no hubiera muerto!...

—Bien está en el otro mundo—dijo gravemente la viuda;—aquí sólo nos hubiera dado disgustos: tan encaprichado te veía con ella, que llegué á temer que no te quisieras casar ya con Clemencia.

—Si hubiera vivido Atenais, me hubiera negado á semejante boda.

—¡Cómo! ¿Hubieras pensado en casarte con una bailarina?

—¡Eso no! Pero hubiera estado siempre soltero...; ¿y quién sabe? Hoy es elegante casarse con una gran actriz...

—¡Gran actriz una bailarina!

—¿Quién lo duda? Hay bailarinas que tienen mucho talento...

—Sí, en los pies.

—Atenais lo tenía. Pero, en fin, mamá: no hablemos más de eso, que me pone triste. Adiós: voy, como he dicho, á reconocer el terreno.

Carlos atravesó el parque y tomó el camino á la derecha, llegando bien pronto á la entrada de la calle Mayor, donde se hallaba situada la casa de doña Severa.

Irene estaba asomada al balcón. Carlos vió una cabeza rubia desde lejos, y se dijo que aquella cabeza debía ser de una mujer joven.

Se adelantó mirando, é Irene volvió el rostro, pues hasta entonces había estado dando la espalda á la dirección que traía el joven americano.

—No es fea—se dijo éste:—para una villa de esta importancia es un hallazgo.

Carlos se puso los lentes y miró con tal atrevimiento á Irene, que ésta se retiró colorada y confusa.

—Es roja—añadió para sí el joven.—La sosez de Clemencia me ha hecho perder la afición á las rubias; pero de rubia á roja hay diferencia; además, esta flor silvestre debe ser un modelo de inocencia y de pudor, cosas que no sé cómo ha perdido ya Clemencia. ¡Dios mío! ¡Es tan extraño! ¿Por qué las jóvenes de nuestra sociedad, por cortos que sean sus años, han de perder tan pronto la apariencia del candor! Clemencia ha vivido al lado de mi madre..., no ha tenido amor ni emociones..., y, sin embargo, es ya una mujer gastada, saciada de todo, desdeñosa, fría, insoportable para mujer propia.

Carlos se detuvo y miró en torno suyo como si se asombrase del curso de sus pensamientos. El aire puro del campo, la vista del transparente cielo, el aroma de las flores, esas emanaciones de la campiña en una bella tarde de primavera, el zumbido de los insectos, esos mil ruidos de la Naturaleza, ese himno general que la Creación eleva hacia Dios, parecían hacer vibrar alguna cuerda

muda hasta entonces en su alma, y enviar á ella algunos rayos de luz.

—¡Es particular!—pensó el joven:—jamás había yo reflexionado como hoy. ¿Qué pasa en mí? ¿Qué me sucede? ¿Por qué siento calor y vida en el corazón? Casi tengo deseos de llorar, de gritar... Hay en mí algo que no había sentido.

El padre Matías pasó en aquel instante por el lado de Carlos, seguido de su perro Palomo, que andaba con trabajo á causa de su extrema gordura.

El sacerdote llevó la mano á su sombrero de tres picos, que aquel día no iba atado, lo sacó de su cabeza, y dijo afablemente al forastero:

—Buenas tardes.

—¡Chist!; espere usted un poco—dijo Carlos al ver que el sacerdote pasaba de largo:—¿es usted de este pueblo?

El padre Matías se detuvo y contestó:

—Para servir á Dios y á usted.

—¿Vive usted en él?

—Toda mi vida: antes de entrar en el convento, en el convento, y después del convento.

Y el padre Matías dejó escapar un profundo suspiro.

—¿Y qué tal es esto?—preguntó el joven, que contemplaba, casi sin poder contener la risa, la extraña figura del eclesiástico, su sombrero apuntado, su corto pantalón y su larga levita.

—¡Esto es una hermosísima villa!—exclamó el

padre Matías con vehemencia.—Hay dos parroquias, y unos huertos tan llenos de frutas, que parece que Dios ha echado su bendición sobre ellos. Con esto, buenos libros y una conciencia tranquila, se puede pasar aquí la vida admirablemente, caballero.

—¡Ah, ya! ¿Usted lee?—preguntó Carlos.

—En una tablita que tengo colgada con dos cordeles en mi pobre celda de exclaustro, guardo tesoros—dijo el padre Matías.

—¿Qué libros lee usted?

—Cuatro grandes poetas son mis favoritos, caballero; y, si usted sabe sentir y pensar, lo serán también para usted.

—¿Y cuáles son?

—Jesucristo, Homero, Goethe y Shakespeare: jamás me cansan sus obras.

—¡Y qué!—observó Carlos, que conocía al poeta alemán sólo por haber visto su ópera *Fausto*:—¿lee usted las herejías de Goethe?

—Admiro su genio con entusiasmo, caballero.

—¿No ha leído usted su inmortal poema?

—No, señor.

—Pues léalo usted, y en alemán.

—No poseo ese idioma.

—Entonces no lo lea usted; las traducciones sólo le darían una idea muy imperfecta de él.

—¿Y usted sabe el alemán?

—Lo bastante para leerlo y escribirlo un poco.

—Y á Shakespeare, ¿en qué idioma le lee usted?

—En el suyo: el inglés lo poseo mejor que el alemán, el francés me es tan familiar como el español.

—¿Pero cómo, sabiendo tanto, vive usted aquí? En una población de más importancia podría usted ganar mucho dinero; porque, sin que sea mi ánimo ofender á usted, creo que su posición no será muy desahogada.

—Sí que lo es, señor—respondió el padre Matías con una dulce sonrisa:—tengo seis reales diarios y las misas que á veces me encomiendan algunas señoras para los días de su devoción, ó por las almas de personas que amaban y que ya están al lado de Dios.

—¡Seis reales diarios!—repitió Carlos estupefacto.

—Es mucho, ¿no es verdad, caballero?—repuso el exclaustro.—Yo gasto poco: doy una peseta en casa del carpintero, que es muy honrado y su mujer una bendita; me cuidan bien, lo mismo que á mi Palomo: vea usted qué gordo está. Pues mire usted, á pesar de que han aumentado la comida desde que tengo á este animal, no han querido que les dé cinco reales, como era justo y yo les ofrecí: así es que me sobran dos para zapatos y la lavandera; lo que gano con las misas y con algún sermón que me encargan, es para los pobres.

Carlos guardó silencio.

Contemplaba atónito á aquel hombre tan lleno

de ciencia y de talento, y al mismo tiempo más cándido que un niño, más humilde y modesto que un santo, y más feliz que él, á quien el hastío le roía el corazón, gastando veinte mil duros al año en vicios y locuras.

—Ya verá usted—prosiguió el religioso—qué bien se pasa aquí la vida. ¡Tenemos un cielo tan hermoso y una campiña tan bella! ¡Habla tanto al alma esta naturaleza! Por las mañanitas debe usted salir al campo con un libro, y se le harán las horas minutos: ¿qué autor prefiere usted?

El rubor de la vergüenza se pintó en el rostro de Carlos: no leía ni había leído jamás, pues las horas de su vida eran pocas para atender á las carreras de caballos, para visitar á sus queridas y para ir á los teatros y al casino.

—Leo poesías—dijo.

—Gustará usted de Zorrilla, ¿no es cierto? ¡Oh! Es el rey de los poetas españoles, como Víctor Hugo lo es de los franceses.

—¿Conoce usted á Zorrilla?

—¡Lo sé de memoria! ¡Qué leyendas! ¡Qué *Capitán Montoya*! ¡Qué *Tornera*! ¡Qué *Testigo de bronce*! ¡Cuánta melodía y belleza encierran! ¡Se acuerda usted de una leyenda que se titula *La princesa doña Luz*? ¡Y de aquellos versos:

—Palomas de los valles
Que al pie de su ventana
Con amoroso arrullo
Á reposar venís:

Doléos de la hermosa
Que morirá mañana
Si al valeroso amante
Su mal no le decís?—

—Pues qué, ¿gusta usted de las poesías amorosas?—preguntó Carlos, á quien aquellos dulces versos habían encantado el oído.

—En Zorrilla me gustan todos los géneros.

—Pero siendo usted sacerdote...

—Pero, mi querido señor, ¿está acaso reñida la religión con todo lo bello? La religión sólo prohíbe lo malo y lo culpable. Yo también hago versos.

—¿Usted?

—Y no malos; si usted quiere venir un día á mi casa, le leeré una de mis poesías. Las horas en que hago versos son mis horas de placer; siento que mi corazón se inflama de entusiasmo, que mi frente arde, que hay más vida en mis venas.

—¿Cómo es que se dedicó al estado eclesiástico?

—preguntó Carlos, que se sentía verdaderamente interesado por aquel hombre singular.

—Por complacer á mis padres, en primer lugar, y en segundo porque no sentía antipatía al estado; después he comprendido los santos goces que encierra: ser el padre de la viuda y del huérfano, consolar á los afligidos, apaciguar las contiendas, ser el amigo de los pobres... ¡Oh; qué más hermosa misión puede alcanzar el hombre!

—¿No ha amado usted nunca á ninguna mujer?

—No, señor. Miro como á mi familia á los necesitados, amo á los niños, y ayudo en lo que puedo á los ancianos. Los libros ocupan también mucho mi atención, y toda mi vida me ha sucedido lo mismo: ellos son mis amores. Cuando me encargan un sermón, soy dichoso, no por lo que me dan, sino porque trabajo en hacer resplandecer la bondad, la infinita misericordia de Dios, é ilumino las almas con los débiles rayos de mi inteligencia. No dejaría mi pueblo, ni mis pobres, ni estas campiñas por todo el oro del mundo.

—¿Pero no tiene usted influjo ó relaciones bastantes para alcanzar un curato en propiedad que le diera más sueldo?

—¿Y para qué más? ¿No le digo á usted que aún me sobra del que tengo? Además, si me dieran el curato, tendría quizá que ir á otro pueblo, y eso sería para mí muy penoso. En el tranquilo cementerio de esta villa duermen mis padres y mis hermanos: cada día voy á rezar sobre sus tumbas y á llevarles flores; no quiero alejarme de ellos, sino que me acuesten á su lado para dormir en paz.

Carlos sintió que se asomaba una lágrima á sus ojos, y guardó silencio, mirando al religioso con cierta veneración.

Éste observó que el sol doraba apenas las copas de los árboles más altos, y dijo:

—Muy tarde se hace: adiós, caballero. ¿Viene usted á Egea por mucho tiempo?

—No, señor: por muy poco—respondió Carlos.
—Soy el hijo de la señora que ha edificado esa casa nueva. Mi madre se quedará aquí con la joven que la acompaña, y yo me volveré á Madrid; pero antes quisiera que viniera usted á verme.

—Lo haré con mucho gusto, señor: ¿cuál es su nombre de usted?

—Carlos de Montreal. Téngame usted desde hoy por un amigo.

—Muchas gracias, señor don Carlos. Yo valgo muy poco; pero puede usted disponer de mí. Cualquiera de estos días iré á ver á usted y á ofrecerme á su señora madre; siento no poder hacerlo tan pronto como quisiera, porque pasado mañana tengo que predicar.

—¿Dónde predica usted?

—En Santa María: una señora devota hace una fiesta á la Virgen, y me ha encargado el sermón.

—Iré á oír á usted.

—Me alegraré mucho, y espero que me diga los defectos que note. Adiós, señor don Carlos: me llamo Matías Ruiz, para servir á usted. Hasta otro rato. Vamos, Palomo.

El buen señor echó de nuevo mano á su sombrero y se alejó seguido de su perro y de la mirada llena de asombro de Carlos.

Éste continuó su excursión meditabundo y reflexivo.

Nuevos horizontes se abrían ante su vista: la palabra de aquel hombre sencillo y cándido, del

hombre de Dios, había despertado en su alma alguna cosa que dormía.

—¡Qué sabiduría!—pensaba;—¡qué gran talento unido á una modestia mayor, á una humildad cristiana que sorprende, á una dulzura y alegría de carácter que encantan! Este hombre tiene, á no dudar, algo de santo y de ángel, algo tan sublime que deslumbra mi vista, que confunde mi entendimiento y que me hace ver mi humillante pequeñez! ¿Qué tiene de común este pobre exclaustro con los sabios y los hombres eminentes que yo he visto en el gran mundo? ¡Qué pequeños me parecen ahora, con su hinchada apariencia, con su ridícula prosopopeya!

Llegó al fin de la calle y desistió de seguir adelante; volvió por ella, y pasó de nuevo por debajo de los balcones de la casa de doña Severa.

Apoyada en el antepecho estaba entonces Avelina, y miraba melancólicamente el sol que se escondía; detrás de ella se veía la rubia cabeza de su prima, que miraba hacia el interior.

Montereal descubrió desde lejos la cabecita fina é inteligente y el dulce y simpático rostro de Avelina; una palidez extraña cubrió su semblante, y sus labios murmuraron estas palabras:

—¡Se parece á Atenais!

Avelina reparó en la atención con que la miraban, y se puso encarnada, embelleciéndose mucho más.

Luego fijó sin afectación su vista en otra parte, y por último se retiró del balcón.

Carlos siguió á lo largo de la calle hasta su casa sin pensar más en el paseo, y con el pensamiento ocupado por el recuerdo del padre Matías y por la imagen de Avelina.